

<http://www.artehistoria.jcyl.es/colabora/articulo1.htm> (Fragmento)



## LA VIDA PRIVADA DE FELIPE II

por Juan Carlos Cobo Cueva

**A** lo largo de la Historia de España encontramos pocas figuras tan controvertidas como Felipe II, presentado por sus defensores como arquetipo de virtudes mientras que para sus detractores se trataría de un auténtico monstruo sin escrúpulos. Con ambos planteamientos se han originado dos leyendas de signo evidentemente contrario: la Leyenda Rosa defendida en épocas pasadas donde la idea del Imperio Español era el objetivo prioritario, y la Leyenda Negra promovida por dos de los más poderosos enemigos del monarca español: su antiguo secretario Antonio Pérez con la publicación de las "Relaciones" en 1594 y el líder de los rebeldes holandeses, Guillermo de Nassau, el Príncipe de Orange, autor de la famosa "Apología" publicada en 1580. En ambas obras se vierten acusaciones sobre la figura de Felipe y contra los castellanos a los que se les cataloga como "pueblo maligno y perverso, lleno de orgullo, arrogancia, tiranía e infidelidad" - Antonio Pérez dixit -. En la actualidad los especialistas tratan de romper esta dualidad para presentarnos una visión del monarca más cercana a la realidad. Bien es cierto que parte de la culpa de esa visión negativa existente durante largo tiempo debe ser achacada al propio rey ya que siempre se negó a realizar una campaña propagandística a su favor, a la vez que ordenó destruir toda su correspondencia personal con su confesor, el ascético dominico Diego de Chaves, desapareciendo así una fuente directa para conocer su reinado. En este gesto se basan sus detractores para presentarlo como un personaje nefasto ya que en esas cartas se ofrecería la verdadera personalidad de Felipe.

Don Felipe nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527, a las cuatro de la tarde en el palacio de don Bernardino Pimentel, junto a la iglesia de San Pablo; era el primer hijo del emperador Carlos V y de Isabel de Portugal, atractiva, inteligente y hábil estadista como demostraría en los años que regentó el país por los continuos viajes de su esposo. El parto duró trece horas y Carlos permaneció junto a su mujer durante todo el tiempo. Dicen algunas fuentes que doña Isabel no gritó durante el alumbramiento ya que ella consideraba que las reinas de España no debían manifestar dolor en esos

momentos. Carlos se mostró "alegre, regocijado y gozoso del nuevo hijo" organizando festejos para celebrar el nacimiento del primogénito. El bautizo del príncipe heredero tendría lugar a las seis semanas del nacimiento en el vallisoletano convento de San Pablo; el pequeño Felipe recibió el agua bautismal del arzobispo de Toledo siendo sus padrinos el duque de Béjar, condestable de Castilla, y Leonor, hermana mayor de Carlos y reina de Francia. Tras el bautizo continuaron las celebraciones en las que participó el propio emperador, enrareciéndose la atmósfera festiva con la noticia del saqueo de Roma por parte de las tropas imperiales lo que provocó la suspensión de los festejos y el cambio de indumentaria de Carlos, que se vistió de luto por los sucesos aunque no dio orden a las tropas de retirarse de la Ciudad Papal.

El 10 de mayo de 1529 el pequeño Felipe será jurado como heredero de la corona de Castilla por los procuradores a Cortes reunidos en el madrileño convento de San Jerónimo, a la vez que se reconocía a la emperatriz Isabel como regente durante la ausencia de Carlos. Los continuos viajes del emperador no le permitirán atender los aspectos educativos del príncipe, dedicándose a ello su madre por lo que Felipe manifestará a lo largo de toda su vida una cierta inclinación hacia lo lusitano. La portuguesa Leonor Mascarenhas fue nombrada su aya, sintiendo por ella gran afecto y confianza. El pequeño príncipe crecía junto a su hermana María - nacida el 21 de junio de 1528 apareciendo en algunas cartas muestras de su carácter: "es tan travieso que algunas veces S. M. se enoja de veras; y ha habido azotes de su mano, y no faltan mujeres que lloran de ver tanta crueldad". A pesar de la "crueldad" la relación entre madre e hijo sería muy estrecha aunque la temprana muerte de doña Isabel en 1539 romperá ese lazo y provocará una repentina madurez en el príncipe.

La educación recibida por don Felipe fue amplia y variada, teniendo como objetivo el gobierno del Estado. Don Juan Martínez Silíceo fue nombrado tutor en 1534 "para que "le enseñase a leer y escribir"; un año después Juan de Zúñiga era nombrado su ayo y en 1535 se creaba la casa del Príncipe lo que supondría que tendría alojamiento, asistentes y capilla independientes. Silíceo y Zúñiga serían los encargados de su educación. El humanista Cristóbal Calvet de Estrella se encargaría de la instrucción del latín y el griego; Honorato Juan le enseñaría matemáticas y arquitectura mientras que Juan de Ginés Sepúlveda impartiría geografía e historia. Un humanista de la casa real escribió para la educación del príncipe manuales sobre lectura y gramática. La música ocuparía un importante lugar en la formación siendo su maestro el compositor granadino Luis Narváez, enseñándole a tocar la vihuela. Felipe progresaba en su educación aunque algo despacio, interesándose más por la caza que por el estudio, completando con ambas actividades su tiempo lo que tranquiliza a Silíceo ya que "con esta edad de catorce años en la qual la naturaleza comienza a sentir flaquezas, aya Dyos dado al príncipe tanta voluntad a la caza que en ella y en su estudio la mayor parte del tyempo ocupe". A pesar de haberse elegido los 'mejores docentes, el alumno no progresaba en los niveles deseados por el padre ya que a Felipe no le gustaba la escuela. Como bien dice Henry Kamen: "Como alumno, el Príncipe no era un modelo ni, mucho menos, sobresaliente. Su manejo del latín siempre fue regular, su estilo literario, en el mejor de los casos, mediocre, y su caligrafía generalmente deficiente. Educado como humanista, nunca llegó a serlo". Sin embargo, este contacto con los eruditos le

proporcionará una gran pasión por los libros, pasión que se prolongará durante toda su vida como se aprecia en la biblioteca de El Escorial donde reunirá la mejor colección bibliográfica de su tiempo, contando con los más variados temas, desde arquitectura a teología pasando por tratados militares, música o magia. La formación de Felipe no se hizo en solitario sino que al príncipe le acompañaban seis pajes nobles, entre los que destaca Luis de Requesens, objeto de las burlas de sus compañeros por su fuerte acento catalán. En esta pequeña corte, Felipe organizaba torneos y bailes, manifestando ya en la adolescencia la afición al baile, a las fiestas cortesanas y a los ejercicios de caballería que encontramos a lo largo de su vida.

Los continuos viajes del emperador obligaron a Felipe a hacerse cargo de la Regencia de España en 1543, auxiliado por una junta de consejeros integrada por Juan Pardo de Tavera, arzobispo de Toledo; Francisco de los Cobos, secretario de Carlos; y Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba. Serán famosas las cartas e instrucciones en las que el emperador, al tiempo que proporcionaba a su hijo normas de gobierno y consejos sobre asuntos de estado, le avisaba del carácter y los defectos de cada uno de sus asesores. "Es mejor discutir los asuntos con varios consejeros y no atarse a ninguno", decía el experimentado Carlos, recomendación que Felipe seguirá durante toda su vida, ya que siempre tendrá en cuenta las opiniones de sus colaboradores, tomando la decisión final él mismo. Con el paso de los meses el joven príncipe adquiere mayor experiencia en los asuntos de gobierno, compaginando el estudio con el gobierno de la nación. Durante el tiempo que ocupó la Regencia, Felipe se muestra en bastantes ocasiones contrario a las decisiones de su padre, especialmente en asuntos fiscales cuyo objetivo era financiar las guerras del norte.

A lo largo de su vida Felipe se casará en cuatro ocasiones, evidentemente en todas ellas por cuestiones diplomáticas y de Estado. El amor en estos matrimonios no era el motivo del enlace aunque hay que advertir que con el roce, a veces se alcanzaba. Una portuguesa, una inglesa, una francesa y una austriaca serán sus esposas, poniéndose de manifiesto el interés del monarca por estrechar lazos con los diferentes estados europeos.

[...]

La personalidad de Felipe II es difícil de evaluar ya que se presenta muy compleja, mostrándose dos periodos totalmente diferentes en su vida marcados por el año 1568, "anno horribilis" de la monarquía hispánica al iniciarse la Guerra en Flandes y fallecer el príncipe Carlos y la reina Isabel de Valois. El retrato que nos presentan en 1577 lo describe como "de estatura mediocre, pero muy bien proporcionado; sus rubios cabellos empiezan a blanquear; su rostro es bello y agradable; su humor es melancólico (...) Se ocupa de los asuntos sin descanso y en ello se toma un trabajo extremado porque quiere saberlo todo y verlo todo. Se levanta muy temprano y trabaja o escribe hasta el mediodía. Come entonces, siempre a la misma hora y casi siempre de la misma calidad y la misma cantidad de platos. Bebe en un vaso de cristal de tamaño mediocre y lo vacía dos veces y media. (...) Sufre algunas veces de debilidad de estómago, pero poco o nada de la gota. Una media hora después de la comida despacha

todos los documentos en los que debe poner su firma. Hecho esto, tres o cuatro veces por semana va en carroza al campo para cazar con ballesta el ciervo o el conejo".

Una de las facetas más destacadas de esa compleja personalidad será la de mecenas. Durante el largo viaje que realizó en su juventud a los Países Bajos, Alemania e Italia pudo comprobar personalmente la implicación de las cortes de aquellos países con la cultura, contactando con los principales talentos humanistas y artistas de la época. Desde ese momento iniciará un programa cultural al que aportará importantes sumas de dinero, considerando que la monarquía debía tomar el papel de promotora de la ciencia y el conocimiento. Bien es cierto que fue un proyecto en el que apenas pudo involucrar a la élite española ya que adolecía de refinamiento cultural. No en balde, cuando Felipe regresó a Castilla en 1559, buena parte de los aristócratas y sus esposas que habían tenido la oportunidad de contemplar y vivir el refinamiento cultural de los Países Bajos sintieron una profunda desilusión como escribe un noble: "Echamos har- to de menos a Flandes, y, aunque Su Magestad lo disimula, deve pasar por él lo que por todos". Esta política de impulso cultural convertirá a Felipe en el principal mece- nas de Europa. A lo largo de sus viajes modelará sus aficiones estéticas aunque será la pintura una de sus actividades favoritas, intentando pintar durante algún tiempo. Su pintor favorito sería Tiziano, al que encargó numerosas pinturas tanto de carácter mi- tológico - las famosas Poesías cuya Danae guarda el Museo del Prado - o religioso, apreciándose un cambio de tendencias a partir de 1560 cuando la mayoría de los lien- zos de temática sacra serán exhibidos públicamente. El retratista Antonis Mor, los es- cultores italianos Pompeo y Leone Leoni o los manieristas italianos Cambiaso, Zuc- caro o Tibaldi trabajarán intensamente en los proyectos artísticos de Felipe. Otro de sus favoritos será el curioso pintor flamenco Jeronimus Bosch, más conocido como El Bosco cuya importante colección se puede apreciar en el Prado. Aunque tuvo prefe- rencia por el arte flamenco e italiano no despreció a los artistas peninsulares apoyando a los retratistas Alonso Sánchez Coello y Juan Pantoja de la Cruz, sin olvidar el im- portante papel de Juan Fernández de Navarrete, El Mudo, en la actividad decorativa de El Escorial. En el momento del fallecimiento de Felipe había unas 1150 pinturas importantes en El Escorial y unas 300 en el Alcázar de Madrid. Pero el ejemplo más ilustrativo de la relación entre mecenas y artista lo encontramos en la estrecha colabo- ración entre Felipe y Juan de Herrera, el arquitecto que ocupó el principal papel en el programa de construcción diseñado por el monarca. El matrimonio con Isabel de Va- lois también contribuyó a favorecer la vida cultural en la corte gracias a su afición por la música, las escenificaciones y el arte, extendiendo su patrocinio personal sobre Sán- ches Coello y la italiana Sofonisba Angusciola. El papel de las hermanas de Felipe en esta política de mecenazgo tampoco es despreciable, siendo la infanta Juana la promo- tora de la construcción del convento de las Descalzas Reales de Madrid donde se des- arrollará una corte cultural paralela.

Siguiendo la rigurosa etiqueta borgoñona impuesta en la Corte por Carlos I, Fe- lipe comía siempre solo, compartiendo en escasas ocasiones la mesa con sus hijos o la reina. Cada cierto tiempo la comida era pública, pudiendo contemplar los súbditos la alimentación de su monarca. El rey hacía dos comidas al día: almuerzo y cena pero su dieta era casi igual en ambas: pollo frito, perdiz o paloma, pollo asado, tajada de ve-

nado, ... Apenas consumía pescado, excepto el Viernes Santo, ya que tenía bula del papa que le permitía incluso comer carne los viernes, aunque de una sola clase. Eso sí, cuando comía lo que para lo demás estaba prohibido lo hacía en un lugar privado, con el fin de no dar mal ejemplo. En general; comía frugalmente. Debido a la dieta abundante en carne y escasa en frutas y verduras - aunque estaban presentes - no nos sorprende que sufriera de estreñimiento, teniendo que administrarle frecuentemente importantes dosis de vomitivos y enemas. La mayor parte de su vida manifestó un aspecto enfermizo, resaltado por su cutis pálido y el pelo rubio que le daban un aspecto casi albino. Junto a las hemorroides y dolores de estómago, sufrió de asma, artritis, gota, cálculos biliares y malaria, sin olvidar que padecía de sífilis congénita que provocaba continuos dolores de cabeza. La gota, cuyo primer ataque sufrió a los 36 años, hizo que los últimos 20 años de su vida apenas se pudiera mover, construyéndose a tal efecto una silla especial. El delicado estado de salud del rey le hacía depender mucho de los médicos aunque no confiaba en ninguno de ellos; tampoco recurría a remedios de curanderos. El recurso para estar saludable era simple: "buen recogimiento y tener un poco de cuenta la salud". Su idea de ejercicio era caminar y respirar mucho aire fresco por lo que no andaba muy desencaminado con las tendencias actuales.

Sus grandes pasiones serán la caza, los libros, las colecciones y las mujeres. A cazar dedicó largas horas desde su juventud, especialmente en los alrededores de Madrid: la Casa de Campo y El Pardo. Respecto a los libros consiguió reunir una gran biblioteca en la que se encuentran desde libros de teología hasta tratados científicos. La joya de El Escorial sería la biblioteca, formada por un núcleo original de 4.000 volúmenes regalados por Felipe en 1575, convenciendo a prelados y nobles para que siguieran su ejemplo, a la vez que envió a un buen número de agentes por Europa a la búsqueda de ediciones raras. La biblioteca no estaba considerada como un mero depósito de libros sino que debía tener lectores, por lo que se hizo pública. La manía coleccionista de Felipe no tenía límites; poseía más de 5.000 monedas y medallas, joyas y obras de arte en plata y oro, 137 astrolabios y relojes, instrumentos musicales, piedras preciosas y 113 estatuas de personajes célebres en bronce y mármol. Era propietario de una gran colección de armas y armaduras que depositó en la Armería de Palacio, donde hoy se pueden contemplar en buen número. Las colecciones privadas de Felipe fueron valoradas a su muerte en 1598 en bastante más de 7 millones de ducados, cuando la joya arquitectónica que promovió, El Escorial, había costado cinco millones y medio. Las reliquias serán otra de sus pasiones, incluyendo al final de su vida en su colección más de 7.000, entre las que destacan diez cuerpos enteros, 144 cabezas, 306 brazos y piernas, miles de huesos de diversas partes de santos cuerpos, así como cabellos de Cristo y la Virgen, fragmentos de la auténtica cruz y de la corona de espinas, traídos en su mayoría de Alemania. Cada una de estas piezas iba dentro de un costoso relicario de plata por lo que el aspecto no era tan macabro como se supone. Tampoco es despreciable su enorme colección de cuernos de animales que puede haber estado vinculada a su supuesto valor medicinal. Y es que Felipe deseaba saber, de ahí su interés por todos los aspectos del arte, la ciencia y la cultura, fascinándole la alquimia y la magia, recurriendo en algunos momentos a consejeros de astrología, inquietándole conocer el significado de los cometas, eclipses y otros fenómenos raros, a la vez que consultaba los horóscopos.

Dentro de su gran afición por el entretenimiento, la música y el baile cuentan también entre sus aficiones favoritas, sin olvidar la pasión por los ritos de caballería, justas y torneos en los que participó activamente. Durante su adolescencia contó con un preceptor musical, aprendiendo a tocar algún instrumento, a la vez que participaba en todos los bailes que se celebraban en la Corte, siendo un gran amante de la juerga nocturna y la diversión. No había fiesta que se preciara que no contara con su presencia, participando en numerosos actos como los carnavales o las romerías populares. Sin embargo, no era muy aficionado al teatro, aunque en 1587 se autorizara a las mujeres actuar en los escenarios madrileños gracias a una iniciativa suya. De esto debemos deducir que la corte de Madrid no era lo lúgubre como la pintan algunos especialistas. Sin embargo, le gustaba más prestar la atención que el dinero; dicen que su sentido económico rayaba en la tacañería y dejaba de cubrir puestos de relevancia en la corte solo para ahorrarse los sueldos.

Los viajes serán frecuentes a lo largo de su reinado, aunque no tendrá el mismo espíritu aventurero que su padre. En su juventud realizó varios viajes a Italia, Flandes, Inglaterra y Alemania, empapándose del espíritu europeísta que caracteriza a Carlos. Sin embargo, tras instalarse en la Península Ibérica en 1559 nunca volverá a salir de ella, viviendo durante una larga temporada en Portugal - dos años y cuatro meses - tras tomar posesión del trono del país vecino en 1580, sin olvidar los casi continuos y obligados viajes al reino de Aragón para participar en las reuniones de Cortes - tres años en total -, sintiendo una admiración especial hacia los habitantes de estos reinos. La imagen de un rey enclaustrado pertenece a la leyenda. Pero sus viajes más frecuentes eran en los alrededores de Madrid: El Pardo, Rivasvaciamadrid, El Escorial, Torrelo-dones, La Fuenfría, Aranjuez,..., embarcándose en un amplio programa de construcción de residencias reales en los alrededores de la capital que dieron trabajo durante décadas a miles de operarios, siendo su mayor empresa cultural la construcción del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, participando en la elaboración de los planos junto a Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, acercándose continuamente a inspeccionar los trabajos. La construcción de esta maravilla artística se prolongó entre 1562 y 1595, momento en el que se consagró la basílica. Cuatro nobles japoneses que llegaron a España en 1584 expresaron su admiración ante "una cosa tan magnífica cual hasta agora no hemos visto ni pensamos ver".

Otra de sus más grandes aficiones serán los jardines, hasta el punto de considerar a Felipe como el primer rey ecologista. Durante su viaje a Flandes admiró las estructuras de los amplios jardines a la francesa, trayendo la idea a la península; incluso mandó llamar a jardineros flamencos e italianos para que diseñaran los jardines palaciegos, ya que los jardineros españoles eran más aficionados al árbol frutal que al decorativo. Como bien dice Henry Kamen "fácilmente accesibles desde la capital, ofrecían un remanso de paz en el que podía refugiarse de las obligaciones administrativas". El estado de los bosques también fue su preocupación, interesándose por la conservación de los montes y manifestando en 1582: "temo que los que viniesen después de nosotros han de tener mucha queja de que se los dejemos consumidos y plegue a Dios que no lo veamos en nuestros días". Su amor por la naturaleza le llevó a insistir regularmente, tanto a sus hijos como a sus ministros, que debían tomar más aire fresco

a menudo. También debemos considerar el interés del rey por la medicina y las plantas medicinales, estableciéndose farmacias reales en Madrid y en San Lorenzo.

Poseía Felipe un buen juicio y una memoria afortunada, pero tenía un grave defecto que anulaba dichas cualidades: no era capaz de tomar soluciones rápidas. Todas las decisiones fueron consultadas a sus asesores, por insignificantes que fueran, sintiéndose siempre agobiado de trabajo. Felipe hubiera sido el hombre más feliz del mundo con un ordenador personal en el que hubiera archivado todos los papeles, informes y documentos que se acumulaban sobre su mesa, informes que eran leídos, cuando él no podía por motivos de salud, por su hija Isabel Clara Eugenia, y contestados, con notas marginales de su puño y letra. De ahí la imagen de Felipe II como un rey papeleta, gobernando sus territorios como una araña que dirige su tela desde el centro. Como tenía que meditar tanto, las resoluciones se dilataban hasta el punto de llegar demasiado tarde en ocasiones lo que no debemos culpar en su totalidad al rey ya que las comunicaciones no eran tan rápidas como en la actualidad. Cuando recibía malas noticias se ponía enfermo y sufría de diarreas, por lo que retrasaba las decisiones alegando dolores de cabeza y malestar.

El fanatismo religioso de Felipe será uno de sus aspectos más aireados. " Se sabe que gastaba entre días y noches (...) casi cinco horas de oración mental y vocal con el tiempo que oía misa y los oficios divinos. (...) Se entraba después de cenar y después de comer en el oratorio (...) y, con estar cerrada la puerta, oían algunas veces los golpes que se daba en los pechos". Asistía a misa diariamente, comulgando varias veces al año, mostrando siempre públicamente su respeto por la Iglesia. Su mayor preocupación será el mantenimiento de la pureza de la Religión Católica, convirtiéndose en el paladín de la Cristiandad, aunque debemos advertir una buena dosis de razón política en esta faceta, ya que a través del catolicismo mantuvo siempre unidos sus estados a excepción de los Países Bajos. Sin embargo, la intransigencia de su fe, le llevaron en ocasiones al fanatismo y la intolerancia, como cualquier monarca del siglo XVI, apoyando en todo momento la labor de Inquisición y asistiendo a los autos de fe. Concedor de la división política que había supuesto el protestantismo en el Imperio Alemán, Felipe se manifestó intransigente en el aspecto religioso con el fin de no perder sus posesiones territoriales y no repetir el fracaso vivido por su padre.

La intransigencia que manifestó el rey en algunos aspectos de su vida choca con la ternura, el cariño y el amor con el que trató a sus hijos, especialmente a Catalina y a Isabel, como ponen de manifiesto las numerosas cartas que les escribió donde se nos muestra a un hombre entrañable y preocupado por el futuro de sus hijas y nietos. El recto equilibrio entre trabajo y familia fue algo que Felipe observó escrupulosamente, sin descuidar en ningún momento una cosa por la otra. Después de horas y días de papeleos, anhelaba salir para relajarse con su familia, aunque sólo fuera un rato. Hacia su pueblo, Felipe sintió un profundo interés aunque tenía escaso contacto con él, ya que odiaba las multitudes; consideraba adecuado mostrarse accesible los días festivos, comiendo "en público" cuando le era posible e imponiendo la regla de ser accesible a las peticiones particulares en el camino de ida y vuelta a misa dominical. Pero este contacto con el pueblo debía ir parejo a la garantía de su seguridad personal, ya que en

Lisboa, en 1581, se produjo un atentado fallido contra la vida del rey, tomándose a partir de esa fecha mayores precauciones.

A medida que iba avanzando en edad, la salud de Felipe se fue deteriorando. Los ataques de gota se repetían con mayor frecuencia y llegó un momento en el que no podía ni firmar debido a su artrosis en la mano derecha. Antes de cumplir los 70 años no podía mantenerse ni de pie ni sentado y viajar le resultaba tremendamente doloroso. A finales del mes de julio de 1598 Felipe sufrió unas fiebres tercianas de las que mejoró un poco a los 7 días, después aparecieron unos accesos en la rodilla y en el muslo derecho, practicándose la apertura de los tumores para extraer el humor que contenían, una vez "estaban maduros". Cuatro accesos más aparecieron en el pecho, corriendo la misma suerte que los anteriores. Pronto se le declaró una hidropesía que le produjo inflamación en las piernas, los muslos y el vientre. El resto del cuerpo sólo era pellejo y huesos. Durante toda la enfermedad el rey tuvo que estar postrado en la cama, sufriendo dolores tan intensos que no se le podía mover, tocar, lavar o cambiar de ropa, de tal forma que evacuaba en el lecho y su cuerpo estaba lleno de deyecciones, pus y parásitos, lo que hacía sufrir más al pobre enfermo que siempre había sido muy meticoloso con la limpieza. La fiebre no le abandonó y padeció durante la larga enfermedad de una insaciable sed.

Su fortaleza era increíble, utilizando su fe para sacar fuerzas de flaqueza. Su habitación estaba llena de pared a pared de imágenes religiosas y crucifijos. Regularmente rociaba agua bendita sobre su cuerpo. Comulgó por última vez el 8 de septiembre, ya que los médicos se lo prohibieron a partir de ese momento por miedo a ahogarse al tragar la hostia. Al no poder sostener un libro contaba con lectores que le hacían sus últimos días más agradables. Diez días antes de morir entró en una crisis que le duró cinco días. Cuando volvió en sí, hizo entrar en su cámara a la infanta Isabel, a quien dio el anillo de su madre recomendándole que nunca se separara de él, y a Felipe, el heredero de la Corona, haciéndole entrega de un legajo con las instrucciones sobre los asuntos de gobierno. A las cinco de la madrugada del domingo 13 de septiembre de 1598 fallecía en El Escorial el monarca más poderoso de la tierra, aquel en el que sus dominios nunca se pone el sol. Tenía 71 años y su agonía duró 53 días.

Como bien dice Fernando Checa: "Felipe II no era ni puritano ni abominable (...) Lo que pretendió fue, a través de su mecenazgo, cristianizar la antigüedad clásica, tomar su legado profano y, sin despreciarlo, amoldarlo a los nuevos tiempos".

El 30-XI-1560 aceptó el mecenazgo, como copatrono, del colegio de Doncellas, que le encomendó en testamento su antiguo maestro, el cardenal Silíceo
---